

Trámite sentimental

David gregorio Rodríguez Gutiérrez

Antes de irse tenía que repasar que no faltara nada. Lo hizo dos veces, una cuando terminó de arreglarse para comprobar que el día anterior no se había dejado nada, y otra poco después de salir. No quería volver a darse cuenta tarde de que se había olvidado del dichoso formulario, de aquel balance tan importante para la junta o del informe de mercado corregido. Desde que aquella idea se instaló en su cabeza había dejado de ser la persona tan centrada y eficiente que siempre fue. Trataba de organizar sus papeles como si así fuera a poner en claro sus propios pensamientos. Buscaba entre ellos el gestor eficiente que era antes de que tuviera esa insistente e inoportuna ocurrencia. Pero no lo lograba.

En el trabajo, su rendimiento ya no era el más destacado de la planta. Además, fue notando que el ambiente de trabajo se iba enrareciendo. Sentía un pequeño murmullo correr entre las mesas de la oficina cuando pasaba. Pero el murmullo no era más que el eco de aquella idea que martilleaba sus sienes. Era muy difícil de aceptar para alguien que había basado toda su vida en la búsqueda de la estabilidad y la seguridad que algo así pudiera pasarle.

Tal vez la tranquilidad que tanto valoraba se fue convirtiendo en aquella monotonía de la que tanto se quejaba el mundo entero. Nunca lo comprendió y siempre se decía -no saben lo que es el auténtico amor, el que se encuentra al crear un hogar, el de una pareja que te espera al llegar a casa, el de...- y así solía continuar su retahíla de grandes logros sentimentales. Una vez, con los vinos de una cena con los amigos

bromeó -una buena hipoteca, ¡eso sí que une a una pareja para toda la vida! -. Pero ahora estaba llegando a la madurez y lo que sentía era que lo que había hipotecado no era una casa, era su juventud.

En el clarificador atasco de hora y cuarto volviendo a casa, con el embriagador calor del asfalto invadiendo su utilitario a pesar del recién arreglado aire acondicionado y en el repicar de los golpes de claxon de los demás conductores, como si fueran una arenga a la libertad, lo vio claro -¡quiero el divorcio!-.

A partir de aquel momento sus ideas empezaron a encajar unas con otras y su estrés empezaba a disiparse. Resolvió llegar a casa, decirle abiertamente, pero sin brusquedad, que ya no estaba enamorado y no tenía sentido vivir en una mentira más tiempo. Su pareja era una persona razonable y seguro que, aunque al principio le costaría asimilarlo, lo acabaría aceptando y terminarían por llegar a un acuerdo razonable para el reparto de bienes (y de la hipoteca). Así, con la firme determinación de terminar con aquella relación como tantas veces había despachado un trámite con un formulario o dos a lo sumo en cuanto volviera le diría que tenían que hablar y se lo explicaría. Llegó a casa, aparcó el coche en el jardín de la entrada, se dirigió a la sala de estar y allí estaba; allí se encontró con el elefante en el salón, allí se enfrentó a su vacío corazón...Esa si que podría ser una difícil gestión, pero al fin y al cabo ¿quién mejor que un oficinista para explicar la pérdida de amor y pasión?